

El Obrero

Número suelto, 15 céntos.

Toda la correspondencia de Redacción dirijase a **Agustín Roa** y la de Administración a **Jaime Matas**, el cual para todos los asuntos administrativos estará en el despacho de la Administración todos los días de 8 y media, a 9 y media noche y las demás horas del día en su domicilio: Calle del REAL-29-Palma.—No se devuelven los originales publicados y no publicados.

Redacción y Administración: Calle María Cristina, (Casa del Pueblo)

AÑO XXV

NUM. 1.165

Palma de Mallorca 8 de Agosto 1924

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: En Palma, 0'50 ptas. al mes.—Fuera de la capital, 1'50 ptas. trimestre.—Extranjero, 10'00 ptas. año.—En paquetes, ejemplar 0'08.—Número suelto, 0'15

APARECE LOS VIERNES

Órgano de la Agrupación Socialista.—Defensor de la clase obrera

Baleares

Los que quieren la paz

Quiere la paz la Federación Sindical Internacional, compuesta de más de 18.000.000 de individuos.

Quiere la paz las organizaciones cooperatistas, constituidas por mayor número de adherentes que aquélla.

Quiere la paz el Socialismo internacional, formado por la parte más consciente, activa y resuelta del proletariado.

La quieren asimismo todos los trabajadores aun no organizados.

La desea igualmente la casi totalidad de los hombres amantes de la Ciencia y el Arte.

Y la quieren también los individuos procedentes de la clase burguesa que sustentan ideas progresivas.

Como se ve, son legión enorme, fuerza formidable, los que quieren la paz.

Y los enemigos de ella, ¿son muchos? No. Lo son únicamente los que acrecen con la guerra sus fortunas o fortalezcan con la misma instituciones caducas y dañosas para el género humano. Su número constituye una pequeña minoría.

¿Cómo se explica entonces que siendo tantos y tantos los partidarios de la paz y tan pocos los de la guerra corramos el peligro de que ésta pueda producirse? ¿Cómo se comprende que siendo innumerables y tremendamente terribles los males ocasionados por la guerra, y tan importante la cifra de sus enemigos, no ahoguen éstos todos los motivos que la puedan ocasionar?

La razón de ese hecho, al parecer contradictorio, está en que la insignificante (por el número) minoría belicosa está compuesta por los mayores capitalistas de la tierra, que son los que hoy influyen más en casi todos los Gobiernos e impulsan a éstos a realizar la política más conveniente a dichos privilegiados.

Mientras la paz beneficia bastante a los más fuertes plutócratas; la paz se mantiene. Cuando sienten ansias de beneficios mayores, de acrecentamientos colosales en sus fortunas, desatan la guerra. Los horrores de ella, las desdichas que engendra, el número inmenso de vidas que arrebatada, les tiene sin cuidado a tales gentes. La guerra exige que se fabriquen muchos y costosos aparatos para matar y destruir, y esa fabricación se convierte en ríos de oro para un grupo de capitalistas. — a guerra impone una formidable movilización y el transporte de soldados, de ganado y de material para la lucha truécase en mina riquísima para Compañías ferroviarias y de navegación; la guerra pide que se abastezca de alimentos y de ropas a los combatientes, y ese abastecimiento lleva a las arcas de los contratistas y acaparadores muchísimos millones; la guerra ocasiona escasez en la población que no va al campo de pelea, y esa escasez se convierte en enorme carestía, que se traduce a su vez en ganancia escandalosa para los que venden y reven-

den los artículos que todos necesitan para vivir; la guerra, en fin, origina otros muchos males, que se convierten en sustanciosa presa para los capaces de explotar el hambre y la miseria de los pueblos.

Aquí radica el interés del bando plutocrático para lanzar a unos pueblos contra otros, escribiendo con ello en la Historia páginas que deshonran a la Humanidad.

Son infinitamente más—según dejamos apuntado—los pacifistas; ascienden a muchísimos millones; pero su influencia hasta aquí en los Gobiernos ha sido inferior, muy inferior, a la de la minoría partidaria de la guerra. ¿Por qué es esto? Porque el poder del capitalismo tiene un peso enorme, y para contrarrestarle no basta que el número de sus enemigos sea considerable, imponente, sino que esté bien organizado y que su acción, sobre todo en el terreno político, sea fortísima, tenaz, incesante.

Bien claramente nos lo dice lo ocurrido en Inglaterra y en Francia.

Una poderosa acción política ha llevado al Gobierno al laborismo, y hoy es Inglaterra quien más trabaja por destruir todo motivo o cuestión que lleve en sus entrañas gérmenes capaces de resucitar la guerra.

Una magnífica campaña del Partido Socialista Obrero Francés ha hundido a Millerand y Poincaré, y dado el Poder a los republicanos más radicales, y eso ha bastado para que a los vientos imperialistas y guerreros que antes corrían en las esferas gubernamentales del país vecino hayan sucedido, con inmensa alegría del pueblo galo, aires de concordia y de pacifismo.

Hágase lo mismo en las demás naciones o en la mayoría de ellas, y sus respectivos Gobiernos, en vez de responder a las sugerencias del elemento plutocrático y belicoso, atenderán los deseos y las reclamaciones de los pueblos, opuestos a toda contienda entre ellos.

Bien están los Congresos y las Conferencias contra la guerra; bien que se verique toda clase de propaganda contra los que excitan los sentimientos nacionalistas y anhelan horribles matanzas; muy bien que se eduque a todos los seres humanos de manera que aborrezcan la guerra y amen la paz; pero que todo esto tenga por complemento una serie de triunfos electorales que lleven a los Gobiernos a los hombres que figuran en el Socialismo o que están situados en la extrema izquierda burguesa.

Sólo así la formidable masa humana que desea la paz la impondrá al mundo, en tanto que la victoria total del Socialismo, socializando los medios de producción y extinguiendo los antagonismos económicos, arranca de cuajo las raíces engendradoras de la guerra.

Pablo Iglesias

Por exceso de original hemos tenido que retirar diferentes originales, entre ellos una lista de suscripción de Alaró, que serán publicados en el próximo número.

EL HÉROE

Felipe Turati, el veterano apóstol del Socialismo italiano, ha publicado con este título en su notable revista *Crítica Sociale* el siguiente maravilloso y emocionante artículo dedicado al llorado camarada Giacomo Matteotti.

Tenía una mirada en la que tan pronto brillaba la bondad de un adolescente como la terneza de un místico; la voluntad firme y decidida del hombre que no transige, sino que exige de todos el cumplimiento del deber, y antes que de todos, de sí mismo, pero abierto su espíritu a la indulgencia del que todo lo comprende y conoce la inanidad del rigor contra las debilidades humanas. No tenía tiempo que perder porque apreciaba que no era mucho del que disponía; su severidad era hija, sobre todo, del convencimiento de que el tiempo es cosa preciosa que hay que aprovechar y de que el que lo roba a los demás comete literalmente una mala acción. Detestaba la conversación inútil. Ignoraba toda vanidad. Para sus hijos era como una tierna y amorosa madre; para su esposa, dulcemente entristecido por tener que dedicarse plenamente a la política, que le absorbía su tiempo, tenía la sumisión sonriente de un hijo que reconoce la justicia de los reproches y que ansía merecer siempre el cariño de la compañera.

Se ocupaba de todo, aguijoneaba a todos, y como pocos sentían como él los estímulos del trabajo, acababa por resignarse a tener que hacerlo todo, a serlo todo: hombre de estudio, escritor, pensador, compulsador incansable de interminables estadísticas, autor de informes y Memorias, preparador de libros de máxima importancia, filósofo, polemista, orador, organizador, propagandista, secretario, funcionario del partido y hasta chico de recados. Era el Grupo parlamentario, y en cierta medida era también el Partido mismo.

Ya adulto, parecía un muchacho por su agilidad, por su sencillez, por su modestia, su ingenuidad y hasta por sus travesuras. Se sentía feliz si lograba hacer una jugarreta al adversario, como le ocurría cuando atravesaba las fronteras a pesar de negarle los pasaportes—se los han dado cuando se trataba de mandarle al otro mundo—, o como cuando quiso ir a Asolo, en los recientes funerales de Eleonora Duse, y al descender en Castellfranco para tomar el tren, y faltándole los medios de transporte, consiguió que le llevaran en un camión automóvil de las milicias fascistas fingiéndose actor de una compañía de cómicos que iba a actuar en Milán.

Sin embargo, el atentado de que ha sido víctima no era el primero. En el Polesine, donde había nacido, cuando militaba allí como soldado humilde del Partido, siempre dispuesto a luchar contra el enemigo, varios sicarios enmascarados le secuestraron, le hicie-

ron víctima de ultrajes obscenos, y después de bien apaleado, le llevaron de noche en medio del campo, lejanamente, donde le dejaron abandonado. En otros, estos horribles atropellos hubieran hecho grande mella; en organismos más fuertes que el suyo, hubieran tales desdichas rotó sus nervios, debilitado su carácter, transformado su psicología. El salía más templado, como el hierro ardiente al meterlo en el agua fría, y sentía el irresistible deseo de recomenzar. Aconsejarle la prudencia era inútil. Los consejos se quebraban ante su bondadosa sonrisa, sonrisa fatalista y un poco escéptica del que siente que la vida no sirve más que para ser inmolada por una idea; del que está convencido de que el hombre inteligente, joven, activo y con dinero debe hacerse perdonar por los humildes y por los que sufren ofreciéndoseles cada día su sacrificio. ¡Ah! Los héroes de gesto imperioso, del puño sobre la espada, de mirada napoleónica; los héroes de los monumentos y de los cuadros, qué cosa tan ruin nos parecen al lado de este niño de espíritu maduro, de este creyente sin fe, de este audaz lleno de tenacidad, de este ateo místico, de este sabio profundo y lleno de candor!

¡Oh! ¡Cuántas veces mi dulcísimo amigo, mi predilecto ahijado; cuántas veces, acompañándote por el solitario Largo del Tíber, te guiaba, siempre demasiado tarde, a la casa feliz donde estaban esperándote ansiosos y alegres los niños y la esposa; cuántas veces te reproché que vinieses tan alejado, fuera del animado centro de la población, sin llevar nunca encima ni siquiera un arma con que defenderte! Y cuántas grandes mis remordimientos cuando al llegar a mí las primeras noticias, todavía inciertas, de tu desaparición yo acumulaba mentiras sobre mentiras a esa pobre mujer, en peligro de perder la razón o la vida ante el grito horrible de lo irreparable; qué amargas torturas sufría por no haber osado yo, el viejo, imponerme a él, que sin duda me hubiera obedecido, y obligarle a mudarse de domicilio, abandonando aquel desierto en el que todo podía esperarse! Pero no, no era posible por inmensa que pueda llegar a ser la perfidia y la ferocidad del hombre, la atrocidad de la fiera, no era posible que tanto fervor, tanta vida, tan exaltada juventud, bajo el fulgente sol de Roma, frente a Monte Mario, fuesen reducidos por sorpresa, aprisionados, rotos para siempre...

Sin embargo, era inútil prever, insistir, obstinarse. El era el más fuerte, el más dispuesto, el más irreductible, y debía ser la víctima. Los asesinos han escogido bien, han matado a gusto; el puñal se ha clavado en su corazón y en el nuestro al mismo tiempo. Y él debía ser la víctima por esta otra razón: porque ningún sacrificio podía ser al mismo tiempo más nefasto y más útil, y tal vez (me tiembla la pluma al escribirlo) más necesario. El precipicio de la iniquidad debía comenzar aquí y ya nada podrá detenerlo.

El lo sentía así, y así lo ha dicho, clertamente, en el estertor de sus últi-

más palabras, estranguladas, ahogadas (1).

En nombre de todos los compañeros sinceros y llenos de dolor; en nombre de todos los oprimidos, de cuantos fueron víctimas, lo son y lo serán: en nombre del Socialismo, que tú poseías enteramente, que te absorbía por completo; en nombre de los mismos asesinos, a quienes esa sangre vertida tal vez redima un día, como la sangre de Cristo; en nombre de cuantos te desconocían y te han conocido ahora, demasiado tarde, después de la muerte, ¡oh, mi dulcísimo amigo!, ¡oh, mi ahijado predilecto!, yo me arrodillo idealmente ante tus restos martirizados, que no volverán más a la luz para que en la emoción del horrendo misterio hagan temblar, cada día y cada noche, a todos los pérfidos, a todos los débiles, a todos los cómplices, que son legión. Y acariño tu frente, que elaboraba tantos pensamientos y sollozando invoca tu perdón, si no fuimos dignos de ti, y proclamo que tu sacrificio nos ha regenerado a todos.

Y te proclamo nuestro Maestro y nuestro Héroe.

Felipe Turati

Siendo muchas las quejas que hemos recibido de bastantes de nuestros suscriptores, el Consejo de Redacción ha acordado no publicar más listas de suscripción de las huelgas que puedan surgir: como hemos venido publicando hasta hoy.

Por lo tanto, sólo nos limitaremos insertar los resúmenes de las recaudaciones que puedan hacerse.

A los metalúrgicos

Muchas y variadas son las causas que determinan el retraimiento en los componentes del Sindicato de la Metalurgia; pero nunca son las razones suficientes para volver la espalda a la realidad impositiva en todos los momentos.

Es verdad que ha habido muchos trastornos en el seno del Sindicato en estos últimos tiempos; es verdad también que las luchas intestinas llegaron a su grado máximo y muy poco faltó para precipitar al Sindicato en las tenebrosas profundidades del abismo.

Todo esto son verdades, es muy cierto; pero son tan conocidas por todos, que no es prudente seguir alentando por más tiempo el fuego de la discordia. Y si todas estas actuaciones erróneas y perjudiciales, nos llevaron al aniquilamiento momentáneo de las fuerzas sindicales, fuerzas que en tiempos no muy lejanos fueron la zozobra y el temor de los dentadores de la riqueza social, hoy nos debatimos por estas causas en la impotencia de nuestras desdichas.

No se trata compañeros metalúrgicos, que sea Juan o Pedro quienes desempeñen los cargos en el Comité; no se trata simplemente de que apresteis vuestro óbolo al esfuerzo mancomunado de los hijos del trabajo.

Y para esta obra todos somos precisos, pero que nadie tenga la estúpida pretensión de ser el acaparador de las virtudes sindicales.

(1) Turati alude en estas palabras a las que Matteotti pronunció en el momento de ser asesinado: «Madame a mí, pero a la idea que en mí vive no la mataréis jamás.—N. del T.

Nuestra obra es acción de conjunto, y por lo mismo, somos los componentes del Sindicato, parte integrante del mismo, quienes hemos de dar calor y vida al movimiento sindical y a las aspiraciones populares.

Y nadie sin faltar a la verdad de los hechos, puede abrogarse ser el promotor y propulsor de las fuerzas organizadas, a menos de ser un iluso o un pedante.

Muchos eran los metalúrgicos, que no querían ser socios, por estar nuestro local con los sindicalistas, pero ahora que vivimos en la Casa del Pueblo, que excusa tienen ahora, que hacen esos compañeros, ex-presidentes de la Metalúrgica, que convocados sus respectivos talleres no se han dignado concurrir y eso que se dan por hombres convencidos y no ignoran el aspecto social.

Los Sindicatos por el espíritu federativo que los informa, tienen medios para desarrollarse y desenvolverse sin ser absorbida su personalidad por nada ni por nadie.

Y nosotros fieles a este principio de respeto y tolerancia para con todas las ideas, nos dirigimos a vosotros para que nos ayudeis a la gran obra humana que por destino de la historia nos está encomendada.

Vengan todos; pero que nadie lo haga con ánimo de erigirse en mandarina de los demás.

La autoridad en nuestros medios no puede dimanar más que en el respeto a los acuerdos de las Asambleas y por todos los que sienten la necesidad de defenderse deben apresurarse a acudir a su puesto, olvidando rencoros mezquinos y afrontando la lucha con nuestros eternos enemigos.

Y para terminar nuestro parabien para el Comité; porque en pocas semanas de reorganización a visto engrosar sus filas en más de 200 afiliados. Adelante compañeros; en la labor emprendida y con vuestro gran esfuerzo veréis otra vez el gremio organizado.

Juan Mulet

Palma, Agosto de 1924.

PÁGINAS FEMENINAS

El matrimonio de conveniencia

Si examinamos el matrimonio constituido con arreglo a los preceptos preestablecidos, veremos cómo no es el amor, intensamente sentido, el factor principal de esta clase de uniones sancionadas.

Estas uniones, todo lo santificadas y legales que se quiera, son, como ya hemos dicho, contratos mercantiles de los que cada una de las partes contratantes procura sacar el mayor provecho posible.

El aristócrata busca entre las mujeres de su clase la compañera del hogar; lo menos que le interesa es que ésta sea bella, de sentimientos elevados y sienta hacia él el amor requerido para una vida matrimonial no acoyunada por la violencia. La principal mira de esta clase de matrimonios es el interés y está calculada en las aportaciones; esto se está evidenciando constantemente.

El matrimonio aristocrático ha de hacerse con arreglo a premisas de clase, pues así lo exige una especialísima moral para uso de señores apertaminados, de cuyos ascendientes se cuentan, o se documentan, proezas guerreras y otras leyendas hereditarias, como las de haber intervenido en cruzadas para matar infieles, rescatar el «santo sepulcro» de manos de los musulmanes y ostentar blasones y escudos que acreditan el haber ejercido dominio feudal en tiempos pretéritos.

Pero esta regla general de clase se puede romper, y se rompe, cuando la conveniencia de intereses aconseja la reposición de una fortuna deseada por la molice y otras causas más censuradas.

Son muchos los matrimonios concertados entre individuos de «sangre azul» y ricas herederas de origen plebeyo que aportaron dotes cuantiosas a casas solariegas, donde sólo restaban viejas sillerías y retratos antiguos de familia.

¿Se nos quiere decir o se nos puede decir, si esta clase de matrimonios están avalorados por el amor y la moral? Nosotros afirmamos que no, por cuanto en ellos sólo han entrado, como factores concertantes, el cálculo financiero y la conveniencia económica, por una parte, y por la otra, la variedad de ostentar un título nobiliario; el cariño, verdaderamente sentido, ha sido preferido al interés materialistamente monetario y de exhibición.

Y lo mismo que acontece en la constitución del matrimonio entre la clase aristocrática ocurre entre las otras denominadas media y baja.

Por todos los que se acomodan a los prejuicios y a las prácticas absurdas de nuestro desequilibrado medio social se busca la ventaja económica, se comercia con el matrimonio. Los padres tutores y familiares de la mayor parte de los jóvenes se erigen en casamenteros; ellos imponen la novia o el novio a base de la mayor fortuna, no de las condiciones físicas y morales recomendables, siendo los contrayentes, en la mayoría de los casos, los que menos intervienen en los preliminares del casamiento.

Conocemos casos estupendamente indignantes por las consecuencias de orden moral que se han derivado de los mismos.

La dolencia física que nos aqueja nos obliga a pasar uno o dos meses fuera de Valencia, en un pueblo montañoso, cabeza de partido, de la provincia de Alicante, y en estas estancias forzadas hemos comprobado, de *visú*, algunos casos de refinado egoísmo, que juzgaríamos imposibles si no los hubiésemos presenciado y no estuviésemos convencidos de que pueden ser en un medio social de violencias como el presente.

Es costumbre en el pueblo de referencia que los padres de los novios se visiten para la petición oficial del casamiento y que cada cual haga constar de palabra, o por carta judicial, la dote o aportamiento al matrimonio; si no se equiparan éstos o se manifiesta alguna disconformidad en la cuantía, se deshace la boda.

Se ha dado el caso de desbaratarse la unión de dos jóvenes, aproximados por el amor, que habrían podido ser felices, porque los padres de la novia daban a ésta diez libras menos de dote (37'50 pesetas) que lo aportado por los del novio.

¿No es esto tremendamente inmoral? Lo que acontece en este pueblo es también lo corriente en todos los demás.

El egoísmo y la conveniencia están por encima del amor y de la felicidad.

El mesócrata busca y rebusca, no aquello que para sus sentidos se ofrezca atrayente, hermoso, noble y bueno, sino lo que pueda aumentar su peculio, aunque con ello sufran la ética, el buen sentido y la tranquilidad de una larga convivencia matrimonial; el menestral acomodado, la hija de labradores o la de industriales enriquecidos, y el obrero, la trabajadora, de oficio, de mostrador o de oficina, que acrecienta sus ingresos de asalariado.

Esta es la regla general del matrimonio basificado en leyes y creencias que se aportan de lo racional y cuyas consecuencias son múltiples y en desacuerdo todas con la verdadera moral en que se inspira la unión libre,

calificada de concubinato inestable por todos cuantos no entienden por moralizador sino aquello que emana de su estadística, de su capricho o de su peculiar manera de apreciar las cosas acomodaticiamente.

Si dentro del conjunto humano se procediera de acuerdo con las leyes de la Naturaleza y con el desinterés requerido, la vida sería poco menos que un encanto y bastante más llevadera de lo que nos resulta a todos por causa de los prejuicios y del egoísmo. Pero como todo se supedita al cálculo y a la conveniencia económica, todo nos resulta conducente al desespero, que hace de la vida social una vida de ambiciones, de enconos, de tirantez, de envidias, de celos, de desigualdades, de injusticias y de torcimientos de la voluntad.

Es la nuestra, proplamente dicho, una vida de dolor y contrariedades, secuela de la preocupación y de la ignorancia, que hacen de cada uno de nosotros un enemigo irreconciliable del buen orden fisiológico y de la razón natural.

Por eso nosotros, los socialistas, aspiramos a la reforma, no sólo de nuestras malas costumbres y prácticas absurdas, si que también de todos los fundamentos políticos, sociales y religiosos que son normas de una convivencia colectiva basada en la división de clases y en los intereses puramente personales.

El Socialismo acabará con todos los enemigos sociales, haciendo surgir, de las prédicas de sus adherentes y de su labor de consciencia y cultura, el régimen colectivista para que todos los seres humanos convivan entrelazados por la fraternidad y el amor, libre de toda traba.

Dentro del Estado socialista no podrán ser esas uniones conyugales que como estamos basificadas en el interés individual ni la esclavitud a que son sometidas las mujeres, y aún los hombres, por causa de obligaciones matrimoniales que supeditan el amor a la conveniencia y lo esclavizan por innúmeros procedimientos que desmenuzaremos en el próximo artículo.

María Cambrils

COLABORACIÓN

Las peticiones de las cigarreras

Hágase Justicia

Por las impresiones privadas que tenemos, venimos en conocimiento de que las Rentas Estancadas se proponen estudiar, de acuerdo con el Gobierno, las peticiones que cigarreras y tabaqueros han formulado últimamente a la Compañía Arrendataria de Tabacos.

Ahora es ya de que en los centros oficiales y manufactureros no se oiga como quien oye llover, los clamores de esta resignada y sufrida clase.

Razones obvias saltan para ello a la vista. La cigarrera española ha visto con melancolía al par que con conformidad estóica, como los demás oficios mejoraban desde el 1914 acá, en un 100 y 200 por los jornales.

Ocupados sus «managers» en ver si era más encantadora la turbia aurora roja moscovita que el sol resplandeciente de Amsterdam, dejaron pasar los buenos; pluscuamperfectamente excelentes tiempos en que podían de la Tabacalera, sin resistencia, arrancar mejoras ilimitadas, ya que el tabaco era artículo de lujo en el mundo, y como tal se pagaba.

La obrera de la Arrendataria ve con tristezza hoy que las leyes que dulcifican el trabajo ingrato de la mujer, son

letra muerta para la omnipotente Arrendataria, mientras que en las demás profesiones femeninas se cumple con rigor plausible.

Por eso va reiteradamente a unas reclamaciones justísimas, tan justísimas que nadie que tenga dos dedos de frente podrá negarlo.

Existen dos leyendas de esta proletaria. Una la de lo principesco de sus sueldos, cosa real hace medio siglo. Otra, su espíritu levantisco, hecho posible a otro medio siglo.

Su presente hoy es muy otro. Son legión las preteridas cigarreras que ganan mucho menos que una doméstica, y forman ejército los tabaqueros cuyo jornal es superado por el del bracerío del más mísero terruño.

Repáren, pues, los accionistas, el Consejo de Administración de Arrendataria, el Gobierno, en el trabajo insano que realizan esas mujeres, la mayoría con más de medio siglo de vida sobre sí, las jornadas largas, los premios y jornales desiguales que tienen, y piensen en lo justo de la demanda, sin dejarse llevar de los supuestos absurdos que alguien quiere inútilmente infiltrar en un cuerpo de oficio que ama la evolución progresiva de las cosas y que desdeña, por razones de temperamento, de sexo, las excentricidades absurdas y estériles en las etapas que se han de recorrer para el logro del propio mejoramiento.

La reciente huelga de la fábrica de Madrid demuestra claramente hasta donde llega la resignación y paciencia de las productoras del tabaco; pues ella accedió por iniciativa y dirección del personal refractario a la asociación. Y si este personal adopta actitudes de hostilidades ante las tarifas y condiciones vigentes de trabajo, cuáles serán éstas que tienen la virtud de despertar el encono aún de aquéllos que parece estar al lado de la Arrendataria en las luchas entre el capital y el trabajo?

Siempre ha sido medida de buen gobierno ceder ante el derecho, y las peticiones de las cigarreras y tabaqueros, asociados y no, están, en general, saturadas fuertemente de tan indispensable requisito para obtener satisfacción.

Nada, pues, de temores ni vacilaciones, y a elevar la condición de la cigarrera española y cumplir las leyes sociales que dulcifican el trabajo de la nicotina.

Esta práctica constituye, a no du-

darlo, una conjuración real del peligro que se teme por la Arrendataria, de que al hacer concesiones a sus obreros, despierte y estimule en ellos un ansia inmoderada de mejoras; error crasísimo que tanto dañó los intereses sociales, en otro tiempo.

A. Martínez Peón

DESLINDANDO LOS CAMPOS

Los obreros desertan de la Iglesia

Acaba de celebrarse en Amberes un Congreso de la llamada Internacional obrera católica. El hecho ha pasado casi inadvertido en el católico país, donde los superpatriotas ni siquiera se han escandalizado ante la convivencia de diputados y obispos alemanes con el padre Rutten, que continúa siendo el hombre del porvenir en la iglesia belga.

Como siempre sucede en estas asambleas, más que la presencia de obreros auténticos se ha señalado una invasión de frailes y clérigos, «afanosos» de preocuparse por el bien del obrero en cuando este constituye una parte de la clientela clerical.

Lamentaciones y quejas amargas por la actitud de los trabajadores—perfectamente indiferentes, cuando no hostiles, con las cosas de la Iglesia—han sido la nota dominante de los discursos de aquellos avisados caporales.

Uno de los congresistas, el padre Arnon, de la Acción popular francesa, ha declarado con amargura que la masa obrera de su país no participa en la vida evangélica. En algunas barriadas de las afueras de París—ha dicho—sólo hay un 50 por 100 de bautizados sobre el total efectivo de la población.

Por su parte el P. Calens, belga, ha mostrado también su desolación al describir lo que sucede en Bélgica. No basta que Bélgica—lijo—sea un país católico, donde toda la vida privada y pública está impregnada de catolicismo y en la que se ha vivido durante treinta años bajo un Gobierno católico. A pesar de ello, la inmensa mayoría de la clase obrera se ha hecho indiferente o enemiga de la religión católica. Aumenta sin cesar el número de entierros y demás actos de carácter civil. El núcleo de la

organización obrera socialista lo constituyen obreros no católicos, pero también se agrupan en ella millares de obreros católicos que en tal ambiente llegan a perder la fe.

Tales son las afirmaciones de los propagandistas de ese catolicismo social que, en fin de cuentas, no es sino una combinación de trucos más o menos ingeniosos, mediante los cuales la Iglesia, aliada fiel del capitalismo y de todo poder represivo, trata de hacer creer a los bobos que se interesa por la situación de los miserables.

No es más halagüeña en España la situación para el clericalismo. Ningún trabajador presta atención sincera al artificio clerical, y si no desertan por completo de las prácticas religiosas ha de atribuirse ello más a desidia, rutina, pereza y al hábito adquirido que a la convicción y al entusiasmo que tienen su fundamento en la fe.

Lo demás, el núcleo del amarillismo, es tan deleznable como el valor moral de los dirigentes, que por cuquería, ambición o graves faltas cometidas salieron en buena hora de la organización obrera. Esta es la verdad, por muy desagradable que sea para los paladines del jesuitismo.

DE ALARÓ

La odisea de un imbécil

Por allá por el año 1912 se fundó en este pueblo «La Recompensa del Obrero». Fué fundador y miembro de la Directiva un pobre hombre que respondía al nombre de Jaime Pizá, que de tonto que era llegó a creerse superhombre. Le entró la manía de hacer discursos y de llamarse redentor socialista, arengando a la masa obrera alaronense con más fueros que el más céneca de los sabios. A veces pretendía superar a Castelar en sus discursos.

En su ilusión de saberlo todo se creyó insustituible en la Sociedad, que sin él no podría marchar, lo que le indujo a creerse el amo y a convertirse en su dictador. Los obreros alaronenses, que no nacieron para soportar dictaduras de nadie y menos de un imbécil, lo expulsaron de la organización.

Pero el hombre siguió por los cafés

propagando la asociación y disculpándose de las faltas que se le atribuía, lo cual hizo que se le perdonara y que se le readmitiera en la Sociedad.

En este entonces desempeñaba el cargo de encargado en el taller de un hermano suyo y los azares de la política hicieron que se coaligaran para una lucha electoral los mauristas y liberales, de cuyo acontecimiento creyó pescar una concejalía ingresando en el maurismo, al que creía aportar el concurso de la Sociedad. No hubo elecciones porque se aplicó el artículo 29, más el pobre imbécil no fué concejal: el Sr. Pericás, el terrible Sr. Pericás le había puesto el veto.

Sin embargo siguió mi hombre en el maurismo, creyendo que llegaría a ser secretario de Salas o poco menos. Para ganar la prebenda empezó a despotricar contra la Sociedad y contra los socialistas, diciendo que eran unos herejes que no creían en Dios. Todos sus esfuerzos los encaminaba a captarse las simpatías y la protección de las derechas y con tal afán se colgó un escapulario y todos los domingos iba a misa.

Se implantó luego la jornada de ocho horas y no hubo atropello que no cometiese con los operarios; siempre les hacía estar parados por falta de cortes achacando la culpa a Pablo Iglesias, porque, según él, era el culpable de que se implantase dicha jornada, que no era suficiente para poder abastecer de cortes. Esta conducta suya al frente del taller de su hermano le valió que fuese nuevamente expulsado de la Sociedad.

Vino más tarde el Sindicato Agrario Católico y como ya se había ganado las simpatías de los curas le dieron el cargo de secretario retribuido de dicho Sindicato. Luego se imaginó la idea de formar una sociedad de obreros católicos y para que ingresasen en él los obreros de su taller los coaccionaba valiéndose del cargo que ocupaba, no pudiendo pescar a ninguno. La flamante sociedad abortó antes de nacer. Ni sus escritos en «El Adalid», ni sus coacciones en el taller le impidieron el fracaso ruidoso que obtuvo, amén de los muchos perjuicios que con su actitud ocasionó a su hermano.

Más tarde, debido a sus intemperancias e informalidades le fué quitado del Sindicato agrario el cargo de secretario retribuido, su hermano le echó de encargado, los mauristas le dieron de codillo, el señor Salas no pensó más

A los trabajadores de todos los países

¡Volved vuestras miradas atrás! ¡Recordad el momento en que, hace diez años, estalló la gran guerra! ¡Recordad, sobre todo, aquellos días, aquellas primeras semanas, en que no sabíais aún lo que más tarde teníais que aprender a fuerza de tantas penas y dolores! Recordad el entusiasmo por la guerra que en aquellos momentos dominaba a las masas! ¡Recordad el refinado artificio que la prensa de todos los países puso en juego para echar leña al incendio.

Después de medio siglo de paz, en el Norte, el Oeste y el Centro de Europa, las masas no comprendieron desde el primer momento el peligro que las amenazaba. En todas partes fueron engañadas por la prensa, que les hizo creer que su país era el atacado. Todos los estados mayores consiguieron levantar el sentimiento de la solidaridad para la defensa. Además, la guerra apareció como una «gran experiencia» y los hombres se dejaron demasiado voluntariamente arras-

trar por la engañosa promesa de que tanta catástrofe serviría para la resolución de todos los males. La guerra—decían—hará nacer la dicha y la prosperidad, y se llegó hasta profetizar que haría disminuir la crisis del trabajo. ¡Recordad cuántos de nuestros compañeros fueron arrastrados por la «ola del chauvinismo», y preguntaos en vuestro fuero interno si vosotros mismos no fuisteis también de los que sucumbieron a la «borrachera de la guerra».

No es ni para reprocharos ni para molestaros por lo que os recordamos la locura de aquellos días. Es para plantear en vuestra conciencia la interrogación de si error tan funesto puede «jamás» repetirse.

La realidad de la guerra ha abierto mucho los ojos a los hombres. En todas partes donde ese monstruo sangriento puso el pie, el entusiasmo se acabó, la angustia se apoderó de los corazones, las lamentaciones surgieron, los sufrimientos alcanzaron un grado inaudito. La desgraciada Bélgica fué la primera víctima. Desde el primer día de la guerra sufrió todos los terrores y todas las atrocidades del vandalismo. Algunos días más tarde el verdadero aspecto de la

guerra se desarrolló en el Este. Una fuga desenfrenada se apoderó de decenas de millares de mujeres, niños y viejos, que se precipitaron de la frontera austro-rusa hacia el interior del país. Varias regiones cayeron en pleno desastre; las ruinas surgieron al lado de las tumbas. El norte de Francia, Servia y Polonia fueron transformados en desiertos. París temblaba bajo el tronar de los cañones. En Londres, tesoros artísticos irremplazables tuvieron que ser puestos a protección de las bombas en las cuevas más profundas. Hemos visto bombardear la catedral de Reims y devastar Königsberg, la villa del filósofo Kant. Por tierra y por mar la destrucción fué enorme, la muerte se cebó igualmente entre los combatientes y entre la población no metida en la lucha. Centenares de millares cayeron en los campos de batalla y fueron a parar al fondo de los mares. El peligro de las epidemias se hizo cada día más amenazador. El hambre se extendió sobre Europa, ensañándose sobre todo en Alemania y Austria, donde el bloqueo organizado produjo efectos cada vez más espantosos. Hombres debilitados, mujeres depauperadas, niños moribundos, tales fueron los de-

sastrosos efectos en los países que sufrieron los terrores de los campos de batalla. La furia de la guerra iba de país en país, de continente a continente. Africa, Asia y América fueron cada vez más comprometidas en la catástrofe. Pero se continuaba cantando la gloria de la guerra lejos del fuego. Y este contraste entre el entusiasmo y la desesperación persistió durante toda la guerra, aunque la desesperación iba aumentando cada día, en tanto que el entusiasmo iba disminuyendo.

Recordad bien todo esto que ocurrió, y contestad a esta pregunta: ¿Dejaremos que se repita esta locura criminal?

Millones de hombres yacen en las tumbas, millones de mutilados viven entre nosotros; millones de niños llevarán durante toda su vida la marca de la «gran guerra»; millones de obreros se encuentran aún sin trabajo; millones de seres sufren el hambre y la miseria. Las ruinas no han sido todavía reconstruidas; la producción no ha sido puesta en marcha; las consecuencias de la guerra persisten visibles para cuantos no cierran los ojos a la realidad.

Y a pesar de todo, los fautores de la guerra, los culpables de tanta desdicha, osan de nuevo salir de la sombra.

AVISO: Los legítimos despertadores alemanes se venden en la acreditada Relojería de NAVARRETE

Se despachan también relojes de todas clases. Igualmente se hacen toda clase de composuras garantidas y muy económicas.

Siete Esquinas, 24.—PALMA
No equivocarse: Esquina Platería

en él y todo el pueblo le miraba con desdén.

Sin ambiente ni protección de nadie, incluso de su familia, se fué a trabajar en Inca, en donde se dió a conocer pronto y de donde ha tenido que huir por no haber patrono que le quiera dar trabajo.

De vuelta ya de Inca el 26 del mes pasado fué a casa de Pedro Rosselló a hacerle saber que iba a hacer de esquirol en la fábrica del Sr. Pericás y que ello obedecía a su situación desesperada: dado el boicot que le tienen declarado los patronos de Alaró, Rosselló le ofreció trabajo, asegurándole que ganaría el mismo jornal que pudiera cobrar del señor Pericás, pero no se convenció y al papel de obrero digno prefirió desempeñar el de esquirol.

Rosselló, como es natural, estando tomando café contó a sus amigos esta entrevista; yo, que haciéndome el dormido estaba en la misma mesa, inadvertido por ellos, oí toda la conversación y como ya conocía la odisea de este albañil, la oí con interés para recto de su espíritu.

En Pera d'Es Ponterró

Comunicado

Compañero Director de EL OBRERO BALEAR.

Por serlo de interés para la clase trabajadora le rogamos de publicidad al presente escrito, saludándole y dándole las gracias por anticipado.

Por el gremio de albañiles.—EL COMITÉ DE HUELGA.

Ante un hecho insólito

Como se sabe el gremio de albañiles y

contaban en la poca memoria de los hombres. Ludendorff y Poincaré han sido derrotados en las elecciones de este año; pero no nos engañemos; cuanto más tiempo pasa, menos difícil les será crear un estado de espíritu para acomenzar de nuevo.

Por esta razón este año, al cumplirse el décimo aniversario de la guerra, debéis estimular el recuerdo de todos los horrores que hemos sufrido y reforzar en la conciencia de todos la voluntad de que la guerra ha terminado para siempre.

Pero, por último, el «sentimiento» del horror de la guerra no basta. Es preciso que los pueblos lleguen a «reconocer» las causas de la guerra.

Hay que saber todo el mundo cómo el Consejo de la Corona, en Viena, en los primeros días de julio de 1914, había preparado un plan para desatar la guerra, como asimismo que el kaiser vino a ser primero el cómplice y luego el jefe. Sabemos que la guerra fué el resultado inevitable de la política imperialista hecha durante toda una generación por los Estados capitalistas y nadie duda que el zar—cuyo estado mayor fué el primero en ordenar la movilización general—, lo mismo que Poincaré y otros

en su nombre este Comité, dió a la publicación un manifiesto en el que se invitaba a los propietarios de fincas en construcción a que continuasen sus obras y que para ello se les facilitaría personal bajo la condición de dar el 15 por 100 de aumento sobre los jornales anteriores,

Uno de los propietarios que aceptaron nuestras bases fué el ex-concejal republicano D. Francisco Juliá Perelló, quedando pues solucionado el conflicto con dicho Sr., el cual dió a sus obreros, al empezar estos nuevamente el trabajo, que fué el lunes de la semana pasada, que allí no había más maestro ni amo de las obras que él. Más esta semana los obreros se han visto sorprendidos al ver que otro sujeto no afecto a la huelga dirigía las obras, lo que indignó a los operarios quienes abandonaron nuevamente el trabajo poniendo el hecho en conocimiento de este Comité el cual envió una Comisión a entrevistarse con dicho propietario para ver a que obedecía su cambio de actitud y, a ser posible, solucionar el asunto armoniosamente.

El Sr. Juliá, al enterarse de que estaba hablando con una Comisión del gremio de albañiles sin encomendarse a Dios ni al diablo, los insultó y los echó fuera de su casa con muy malos modos. Entre las frases que salieron de sus labios había las de que no quería saber nada de los albañiles y que todos éramos unos canallas y unos farsantes.

Comentarios no queremos hacer ninguno, pero si hemos querido dar publicidad a este hecho insólito que pone de relieve el sentimiento republicano de un señor que en sus escritos y propagandas se les daba de defensor de las reivindicaciones obreras. Y sin embargo es este Sr. el que nos llama a nosotros los albañiles farsantes y canallas.

Palma 6 de Agosto de 1924.—EL COMITÉ DE HUELGA.

A la hora de entrar este número en máquina nos enteramos que ha sido llamada por el Sr. Alcalde una Comisión de obreros y otra de la Patronal

varios jefes de Estado, hubieran sido capaces del mismo crimen si ellos hubieran creído que era llegado el momento para ello.

Por eso no consideramos suficiente condenar a los criminales, cuyos crímenes están indudablemente probados en sus propios documentos oficiales, sino que es preciso poner fin a un sistema que, haciendo renacer a los criminales de la guerra, continúa amenazándonos con todos los horrores de la barbarie.

El crimen de haber desencadenado la guerra no fué inferior al de haberla prolongado. La idea de defensa se vió traicionada por todos los beligerantes. En todos los países, la palabra de orden de «rechazar al enemigo», se sustituyó más o menos pronto por la de «victoria militar». Todos estaban prontos a continuar la guerra hasta que la ganancia estuviese asegurada. Se habló del «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos», se pensó en la anexión y en la conquista de las colonias. El gran golpe les falló a los imperios centrales; los aliados lo consiguieron.

Durante la guerra se proclamaba la necesidad de luchar para que aquella fuera la última de las guerras.

La concurrencia de los armamentos,

¡FUTBOLISTAS!

No comprar sin antes visitar
La Casa Medina y C.ª—S. L.

Balones FOOTBALL, marca SAME, únicos para todos los buenos equipos. Balones de todas clases, Rodillas-Tobillos-Defensas-Guantes-Muñequeras-Bombas-Agujas-Tirillas-Pelotas de goma color y blancas de todas clases y precios.

La casa mejor surtida en artículos de SPORT

Artículos de ortopedia de la casa Creusoles

Bragueros, para caballeros y niños, Fajas ventrales, hondas jeringas, vendas gasa, etc., etc.

NO COMPRAR SIN ANTES VISITAR NUESTRA CASA

Despacho: COLÓN, 31-33

Fábrica: SANTA CATALINA

para ver de buscar una solución al asunto.

Nosotros hacemos votos para que se halle ésta y que redunde en beneficio de ambas partes.

Pasajes

América y Francia; arreglo documentación para el embarque el mismo día GRATIS.

ROCA, Calle de Santo Domingo 12-2.º-2.ª

Agrupación Socialista

Se convoca a todos sus afiliados a la Junta General ordinaria, que se celebrará el día 15 de Agosto a las 6 de la tarde para tratar los asuntos que a continuación se expresan:

- 1.º Lectura de la acta anterior.
- 2.º Aprobación de cuentas de la Agrupación y de EL OBRERO BALEAR.
- 3.º El Comité dará cuenta de su actuación.
- 4.º Renovación de varios cargos de la Directiva.

5.º Ruegos y preguntas.
Palma 3 de Julio de 1924.—EL COMITÉ.

LA BORRACHERA NO EXISTE YA.



LOS POLVOS COZA producen el maravilloso efecto de disipar al borracho del alcohol (vino, cerveza, etc.). Obra tan silenciosamente y con tanta seguridad que se pueden administrar sin el saberlo y sin que se necesite decirle la causa del cambio. Se garantizan como inofensivos y pueden tomarse disueltos en café, té, cerveza, agua o con los alimentos, sin saberlo el bebedor. LOS POLVOS COZA han reconciliado a millares de familias; han salvado a millares de hombres del oprobio y del deshonor, convirtiéndoles en vigorosos ciudadanos y devolviendo a muchos su capacidad para los negocios; han conducido a más de un joven por el recto camino de la felicidad y prolongado muchos años la vida de muchas personas.

DESCONFIAR DE LAS IMITACIONES
De venta en todas las buenas farmacias
GOZA POWDER C.ª, 11 bis, Rue Maubeuge, París.
Depósitos: Centro Farmacéutico.—Palma de Mallorca.

Imp. Roca, Ferrer y C.ª—Socorro, 92

próhibida a los vencidos, llega hasta el colmo entre los vencedores. El peligro de un nuevo estallido es hoy mayor que nunca.

Durante la guerra se ha anunciado que su resultado sería la Sociedad de Naciones, que haría toda guerra imposible; pero la organización que hoy día lleva ese nombre, ¡cuán lejos está de realizar la gran idea de la organización pacífica del mundo entero! Nosotros reclamamos que la Sociedad de Naciones sea abierta a todos los países, que se convierta en instrumento de los pueblos más bien que de los Gobiernos. No queremos carecer de alguna posibilidad de entenderse; más nosotros sabemos bien «que el interés capitalista se encontrará siempre en oposición con la organización pacífica del mundo». El peligro de la guerra durará tanto como dure el régimen capitalista.

Nosotros queremos trabajar contra el espíritu guerrero, contra la diplomacia secreta, por el desarme general, por el acuerdo pacífico y el arbitraje internacional. Queremos reunir nuestras fuerzas en nuestros Sindicatos y nuestras Cooperativas, en nuestras organizaciones políticas, en los Parlamentos, en el seno de la Sociedad de Naciones y en todas

partes donde nosotros sabemos hacernos respetar. Queremos organizarnos internacionalmente para preparar la resistencia internacional bajo todas las formas, incluso con la huelga general. Pero sabemos que todo ello no podrá más que disminuir el peligro de una guerra, no suprimirlo.

Por esto invitamos a llamar, por medio de imponentes manifestaciones, a la conciencia de las masas para que se den cuenta de que el mundo se encuentra, ahora como siempre, ante el mismo abismo de crimen y de locura que en 1914.

¡Acordaos del gran campeón de la paz y del Socialismo, la primera víctima de la guerra: Juan Jaurés!

¡Recordad los millones de buenos camaradas que nos fueron arrebatados, los millones de mutilados que lloran su fuerza de trabajo, los sufrimientos de las mujeres y de los niños!

¡Recordad, trabajadores, y, sobre todo, vosotros, jóvenes camaradas, nuestro gran deber histórico! Jurad que no os dejaréis arrastrar a una nueva guerra.

La Federación Sindical Internacional (Amsterdam).—La Internacional Obrera Socialista (Londres).—La Internacional de las Juventudes Socialistas (Berlín).